

ISSN 2177-6784

Sistema Penal & Violência

Revista Eletrônica da Faculdade de Direito
Programa de Pós-Graduação em Ciências Criminais
Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul – PUCRS

Porto Alegre • Volume 1 – Número 1 – p. 101-113 – julho/dezembro 2009

Editor

RODRIGO GHIRINGHELLI DE AZEVEDO

Organização de

RODRIGO GHIRINGHELLI DE AZEVEDO

GIOVANI AGOSTINI SAAVEDRA

SALO DE CARVALHO

SOBRE LA RACIONALIDAD ECONÓMICA EFICIENTE Y SACRIFICIAL, LA BARBARIE MERCANTIL Y LA EXCLUSIÓN DE LOS SERES HUMANOS CONCRETOS

David Sánchez Rubio

Professor Titular de Filosofia do Direito
da Faculdade de Direito da Universidade de Sevilha

Resumen

En este trabajo se exponen algunos ejemplos de cómo y de qué forma la racionalidad económica instrumental propia del capitalismo opera aplicando las expresiones más perversas y negativas del denominado paradigma de la simplicidad. Por medio de cuatro de sus principios (disyunción o separación; reducción; abstracción; e idealización), se explica el modo de operar de una cultura económica que simplifica y amputa la realidad humana y natural, en favor de los intereses mercantiles y de obtención del máximo beneficio. El capital se idolatra y absolutiza hasta tal punto que tanto los seres humanos concretos y particulares como la naturaleza no se tienen en cuenta. Las condiciones de existencia de toda la humanidad y de la Tierra se sacrifican en nombre del crecimiento económico competitivo.

Palabras claves: cultura sacrificial; exclusión socio-económica; simplicidad; complejidad; derechos humanos.

Abstract

On the efficient economic rationality and sacrificial, barbarism trade and exclusion of individual human beings

In this paper are described some examples of how and on which ways instrumental economic rationality of capitalism itself operates applying the most perverse and negative expressions of paradigm of simplicity. Through four of its principles (disjunction or separation; reduction; abstraction; and idealization), it explains the mode of operation of an economic culture that simplifies and amputates human and natural reality, in favor of mercantilist interests and maximum benefit obtainment. The capital is idolized and absolutizes until both concrete and particular human beings and the nature are not taken into account. The conditions of existence of whole mankind and Earth are sacrificed because of competitive economic growth.

Keywords: sacrificial culture; economic and social exclusion; simplicity; complexity; human rights.

1 EL MITO DE IFIGENIA Y SU EXIGENCIA SACRIFICIAL

Cada cultura tiene sus propios mitos y tradiciones que nos transmiten ciertas tendencias en la manera de interpretar, pensar y actuar sobre la realidad. En la mitología griega y dentro de la tradición greco-romana, existe un conocido mito que expresa muy bien cuál es el tipo de racionalidad y cultura que Occidente ha desarrollado y extendido por el mundo. Es el mito de Ifigenia, que de manera expresiva y certera explica el economista y filósofo tico-alemán Franz Hinkelammert en su libro *Sacrificios humanos y sociedad occidental*¹.

Ifigenia es la hija de Agamenón, rey de Argos y de Micenas y comandante en jefe de los griegos, quien necesita conquistar Troya para dominar y “civilizar” el mundo. La diosa Artemisa, enfadada con Agamenón

porque había matado un ciervo consagrado a ella, decide impedir esa conquista evitando que el viento sople para que los barcos de la flota griega lleguen al puerto troyano. A cambio y como prueba de obediencia y para apaciguar su furia, la enfadada diosa exige a Agamenón el sacrificio de su hija Ifigenia para que el viento vuelva y los griegos puedan conquistar Troya. En las diferentes versiones de Esquilo, Eurípides y Goethe nos encontramos con la aceptación del sacrificio por parte del ejército griego y de la propia Ifigenia, quien en la versión de Esquilo es tomada por una loca por negarse a que la maten.

Al final, el sacrificio simbólicamente vale la pena porque todos están convencidos de que, gracias a él, se ha podido conquistar Troya y, con ello, se ha dado un paso muy importante para civilizar el mundo. Además, sienta las bases para legitimar las guerras de conquista. Si al final el resultado hubiese sido otro, si Troya no hubiese sido tomada, Agamenón y los dioses hubiesen quedado como unos asesinos, pero la acción fue muy eficiente y legitimó la muerte de Ifigenia en el imaginario de los griegos, independientemente de que Ifigenia pudiera escaparse al país de Taures.

Esta filosofía de “el fin justifica los medios” y de “que vale la pena matar a una persona para salvar a todo un pueblo” podemos encontrarla en la tradición hebrea y griega. Por ejemplo, Caifás la argumentó para prender y crucificar a Jesús. Pero no solo en el pasado aparece, sino que también en nuestro presente, experimentamos muchos ejemplos con los que en nombre de una idea, unos valores, un Dios o unos dioses o una institución como han sido los conceptos de progreso, de ciencia, de fe y de razón, se han aniquilado puntual y/o sistemáticamente a determinados pueblos y a muchas vidas humanas con la excusa de que, con ello, la humanidad ha evolucionado y ha logrado mayores niveles de desarrollo. El propio filósofo búlgaro Tzvetan Todorov ha señalado que en nombre del bien, se han cometido las mayores atrocidades y los peores males². Desde esta racionalidad supuestamente realista, como se han dado pasos importantes para el progreso humano y se han conseguido resultados positivos, que mueran “unos pocos” es secundario, un dato que no afecta a la empresa mayor de beneficiar a todo un pueblo o a toda la humanidad.

En este breve trabajo vamos a intentar explicar con algunas claves de qué manera el mito de Ifigenia opera en el capitalismo y en su manera de entender la economía y el mercado, pero con un resultado mucho más destructivo. El mercado capitalista no es que provoque la muerte de unos pocos, sino de muchos. Comprobaremos cómo en nombre de la eficiencia, de la obtención del máximo beneficio o de riqueza, del respeto absoluto de la propiedad privada, etc., se están destruyendo sistemáticamente a los seres humanos y las bases de la vida de todo el planeta con la máxima frialdad e, incluso, con buena conciencia. Como algo inherente a la lógica del libre mercado y del capital se acepta y se incorpora de manera normal y tranquila los sacrificios con resultado de muerte y el hecho de hacer prescindibles a millones de seres humanos. Sus consecuencias actúan en varios planos de la realidad tanto de manera intencional y consciente como inconscientemente.

El propio Franz Hinkelammert explica en su libro que el mito de Ifigenia se reproduce en la Edad Media con la imagen de Cristo pero de manera más estructural y explícita. Ahora la redención de la humanidad de la justa ira del Dios Padre se realiza con el sacrificio de su querido hijo Jesús, que tiene un valor infinito. Tanto valor tiene su muerte el la cruz que, en vez de abolir cualquier sacrificio, lo exalta. Surge un mundo en el cual ya no queda ni un solo lugar que no sea sometido a este sacrificio. Aparece la imaginación de enemigos de Cristo y de Dios que desprecian el sacrificio infinito de Cristo y, por ello, deben ser eliminados. Son enemigos que se niegan a aceptar la fe en Dios y, por tanto, se transforman en nuevos crucificadores de Cristo. Para evitar que con su actitud provoquen sacrilegios y sacrificios en contra de la fe cristiana, ahora tienen que morir y ser crucificados para impedir nuevos sacrificios. Estamos hablando del espíritu de cruzada.

Con el transcurso del tiempo, aparece la Ifigenia burguesa de los siglos XVI y XVII que asume la lógica sacrificial medieval pero reemplazándola por la lógica de la ley del mercado, asumida por Locke como ley

de Dios y como ley natural. Nos encontramos con la versión secularizada del cielo mítico de la Edad Media³. Ahora se levanta una cruzada contra los enemigos del orden, la armonía y el progreso burgués. Quienes no se someten a la ley del mercado generan el caos y el desorden, yendo contra natura. Aparece una nueva ley de Dios secularizada por como ley natural, que sustituye la ley religiosa del imperio cristiano medieval. Quienes se oponen y se resisten a ella (indios de América, africanos, asiáticos), son considerados enemigos de la humanidad que provocan despotía. Los países libres y que defienden la ley natural del mercado, legítimamente pueden emprender contra ellos un poder despótico en nombre de la libertad, la civilización y el progreso. Estrategia que permanece en nuestros días.

2 EL PARADIGMA DE LA SIMPLICIDAD Y SUS FALLAS

Para explicar esta mística de la muerte y de violencia que está estructuralmente inserta en el capitalismo, vamos a utilizar, recreándonos, los planteamientos del sociólogo francés Edgar Morin sobre lo que denomina el paradigma de la simplicidad⁴. Occidente, dentro de una de sus trayectorias históricas más predominante, en su forma de pensar y actuar se basa en una ontología de la presencia, de la unidad y del orden. Tiene una obsesión por caracterizar la “verdad” de las cosas y los principios que lo rigen. Con el objetivo de lograr el orden, posee un miedo y un terror por la incertidumbre, el desorden y el caos. De ahí la fobia que presenta ante la acción, la corporalidad y la pluralidad temporal y espacial. Termina por exorcizar las relaciones humanas y lo socio-históricamente producido. Para consolidar y reforzar su idea de razón, orden, verdad y unidad, ejecuta una disposición misionera que hay que extender y expandir por todo el mundo para que todos y todo encaje en su imaginario. Morin habla de una metodología, una forma característica de la cultura occidental y un modo de construir, interpretar, organizar y jerarquizar la realidad para llevar a cabo sus propósitos: el paradigma de la simplicidad que, aunque es necesario, porque todo ser humano hace simplificaciones y significa parcial y limitadamente lo real, en el momento que se absolutiza este paradigma y se ignora lo que simplifica, acaba amputándolo todo y sacrificando muchas vidas. Porque cuanto más mutilador es un pensamiento más mutila a los seres humanos y a sus vidas.

Tres son los principios, que hay que concebir de manera interrelacionada, con los que opera el paradigma de la simplicidad y que vamos a proyectar sobre la racionalidad del capitalismo y su lógica sacrificial: a) el principio de disyunción o separación; b) el principio de reducción; y c) el principio de abstracción, junto con su complemento, el principio de idealización. A continuación vamos a ver cómo opera cada uno de ellos y en el siguiente apartado colocaremos algunos ejemplos de la manifestación de cada principio en el seno de la cultura capitalista del libre mercado:

- a) *El principio de disyunción o separación.* Este principio de disyunción opera por medio de varias etapas:
 1. se rompen los vínculos y las relaciones entre los elementos o factores de la realidad; 2. se dualiza y polariza la realidad en pares de opuestos y enfrentados (p.e. amigo/enemigo; masculino/femenino; ganador/perdedor; universal/particular; verdad/falsedad; ciencia/conocimiento no científico; propiedad privada/propiedad colectiva o propiedad estatal; etc.); 3. se valora como superiores y verdaderos en esa exigencia, oposicional, posicional y binaria, casi siempre, a uno de los elementos de cada par de opuestos, siendo secundarios, inferiores y contingentes los segundos (p.e. lo masculino superior a lo femenino; la propiedad privada superior a cualquier otra forma de propiedad; lo universal por encima de lo particular; etc.); 4. finalmente, se nos exige tomar posición por uno de los elementos de cada dualismo.
- b) *El principio de reducción.* A través de la reducción, se destaca un elemento de los muchos que existen en la realidad y acaba por considerarse como el único real. Se aísla y se separa del resto y se considera

que funciona por sí mismo y que es autosuficiente. Se acaba por confundir la parte por el todo. Es el caso cuando todas las parcelas de la vida se reducen a las relaciones mercantiles.

- c) *Los principios de abstracción e idealización.* Por abstracción se entiende la omisión teórica y descriptiva selectiva que deja de lado algunos elementos o predicados considerados no importantes. Es una especificación del mecanismo de la reducción pero que se realiza por medio de los marcos categoriales, las teorías, los conceptos y las instituciones con las que nos regimos y nos orientamos por el mundo. La teoría con la que se interpreta la realidad, la abstrae y la sustituye por sus conceptos e ideas. Se sacrifica la realidad a favor de una teoría o institución y se acaba por eliminar los contextos, las relaciones humanas, la especialidad y la temporalidad de los problemas y las mismas condiciones de existencia de las personas.

Junto con la abstracción, está la idealización, que consiste en una adición selectiva de unas características que pueden faltar en los agentes reales o los propios elementos que conforman la realidad.

El pensamiento occidental lógico y científico utiliza ambos medios de conocimiento. El problema y el cuestionamiento de sus usos hay que hacerlos cuando nos desentendemos y nos despreocupamos tanto de los elementos que se eliminan y quedan fuera, como de los que se añaden y se incluyen.

Con las abstracciones se pueden omitir uno o varios elementos que, a pesar de ser importantes y decisivos, se califican como insignificantes, accesorios y secundarios, hasta tal punto que se pueden ignorar, como puede ser la vida de algunos o muchos seres humanos.

En cuanto a las idealizaciones, es tan grande y tan exigente la adición introducida que su grado de perfección es imposible de lograr en la realidad (por ejemplo, una sociedad perfecta desarrollada por el mercado o el estado perfecto, o cualquier otra mediación e incluso alguna cualidad del ser humano –en cuanto individuo racional, ganador y competitivo). El problema es que no hay conciencia de esta imposibilidad y se persigue a costa de lo que sea necesario. Se totaliza como un fin que hay que conseguir haciendo lo que haga falta, incluso sacrificando todo aquello que se interpreta como una distorsión o un obstáculo, aunque sea la propia condición humana y su acción de resistencia.

3 LA RACIONALIDAD DEL CAPITALISMO A TRAVÉS DEL PARADIGMA DE LA SIMPLICIDAD

Una vez explicados los tres principios del paradigma de la simplicidad, los proyectaremos de manera más profunda sobre la forma de operar que tiene el sistema económico capitalista que, en su actual fase de desarrollo, se está globalizando por nuestro planeta y que está socavando las bases de la vida humana, animal y vegetal, así como fragmentando y destruyendo las mismas relaciones humanas.

3.1 La mercantilización de la vida

Una de las manifestaciones del principio de reducción aparece cuando el capitalismo se extiende por todas las parcelas de la vida y termina reduciendo toda la realidad al mercado, quebrando e ignorando la pluralidad y la diversidad. Nada que no sea mercantilizable tiene valor. Incluso fruto de ello, los seres humanos pasan a ser clientes y consumidores, no importando ninguna otra cualidad. Nuestra identidad queda marcada por nuestras tarjetas de crédito y por la capacidad de comprar todos los productos que nos ofrece el mercado.

El proceso de mercantilización tiene una trayectoria histórica y puede resumirse de la siguiente manera: la realidad socio-histórica es rica, compleja y heterogénea. Ella surge de la articulación, en forma de red de dependencias y retroalimentaciones, de tramas relacionales, de los seres humanos entre sí y con el resto de la naturaleza. Nuestras vidas particulares se construyen socialmente a partir de la satisfacción de las necesidades vitales reales; para ello se establecen diversos *circuitos* entre las fuentes de riqueza (real): la naturaleza, en

general, y el ser humano y su trabajo, más específicamente. Dichos circuitos tienden a establecer *equilibrios* – siempre contingentes, por ende, históricos – que dan lugar a los diversos *modos* de la vida social, con sus respectivos sistemas de producción y de distribución social del trabajo, entre otros⁵.

En ese sentido, por ejemplo, el proceso de trabajo genera una forma de sociedad, pero, a la vez, según sea el tipo de sociedad y el momento histórico que ésta atraviesa, se darán distintas formas de división social del trabajo, entendidas como sistemas interdependientes y particularizados de la totalidad de los procesos de trabajo. Finalmente, los mercados aparecen en el contexto de esos circuitos, formando parte de los equilibrios específicos (históricos), en tanto que subconjuntos del sistema de división social del trabajo.

Históricamente, al menos en nuestro contexto cultural, podemos sistematizar las *formas de integración*, que han adoptado las relaciones económicas en las diversas formaciones sociales, en tres tipos de redes: redes *de poder*, redes *de intercambio* y redes *de ayuda*. Cada una de ellas tiene su correspondiente tipo de *traslación de bienes y servicios*: traslaciones *forzadas*, traslaciones *libres* y traslaciones *gratuitas*, respectivamente. El intercambio de bienes en los mercados es una práctica ancestral, y cada forma de integración requiere, para su funcionamiento, de unas estructuras institucionales y de unos principios de comportamiento⁶.

En relación al principio de reducción, nos interesa destacar el hecho de que hasta antes del surgimiento del capitalismo y su posterior colonización de la Modernidad, durante el siglo XIX, el sistema económico resultaba ser una función de la organización social; es decir, el orden de la producción y de la distribución de bienes se hallaba integrado en el orden social, su lógica (económica) era dependiente de la lógica social. Por tanto, no había una actividad económica separada del resto de actividades que estructuraban la sociedad y que estuviera regulada con su particular significado por instituciones y leyes específicas⁷.

En cambio, tras la transición del feudalismo al capitalismo, el modelo de la economía de mercado (capitalista) se desarrolla de una manera y hasta tal punto que su propia forma de intercambio, la *autorregulación*, la cual implica que la producción está destinada a la venta en el mercado y que los ingresos proceden, fundamentalmente, de dicho intercambio mercantil, pasa a constituirse en una actividad *exclusivamente* económica, con instituciones y comportamientos diferenciados y desmarcados del resto de instituciones y comportamientos sociales y políticos. Entre esas instituciones, principios y comportamientos, que se reclaman como propios y exclusivos de la racionalidad que guía la economía de mercado, tenemos: la propiedad privada; la relación entre individuos atomizados, solo vinculados a través de la compraventa, por medio de la oferta y la demanda; el sistema de precios como principio regulador; la obtención del máximo beneficio, etc.⁸.

El mercado capitalista pretende, entonces, convertirse en una institución separada del resto de la sociedad y del ámbito político. Pero, en la medida que *su* racionalidad económica tiene un claro componente o tendencia colonialista, no provoca que la sociedad y sus otras dimensiones (política, cultural, estética, etc.) tengan, a su vez, una existencia y un desarrollo igualmente autónomos, sino que las tiende a subordinar y reducir al punto que los procesos de movilidad y de configuración así como la dinámica ordinaria de esos otros espacios, ha llegado a estar determinada por el mismo mercado, que acaba absolutizándose. Por consiguiente, la sociedad “*es gestionada en tanto auxiliar del mercado. En lugar de que la economía se vea marcada por las relaciones sociales, son las relaciones sociales las que se ven encasilladas en el interior del sistema económico*”⁹.

En este sentido, Karl Polanyi señaló y elucidó el proceso a través del cual la economía de mercado ha acabado ensombreciendo cualquier otra realidad, y como sus leyes se han convertido en el principio básico de la organización de las sociedades capitalistas. A esos efectos, el autor austro-húngaro hizo una relevante distinción entre economía sustancial y economía formal¹⁰:

- La *economía sustancial* deriva de la dependencia humana por vivir en la naturaleza y entre sus semejantes, para subsistir (personal y colectivamente). Además, proporciona los medios para satisfacer el impulso

humano de querer *cosas* (materiales e inmateriales). El contenido común de toda actividad económica es la provisión de bienes materiales para satisfacer las necesidades humanas y para la reproducción de la sociedad. En la economía sustantiva hay problemas de dimensiones culturales, sociales, físicas, etc. que no pueden ser reducidas a factores meramente económicos, ni a partir de un intento de economizar los medios que se suponen escasos. Las sociedades tienen la institución del proceso económico incrustada (*embedded economy*), envuelta en una masa de instituciones no-económicas (religiosas, políticas, etc.).¹¹ Incluso, desde el punto de vista teórico, la economía es entendida como un proceso más o menos institucionalizado, que se preocupa por buscar y construir los medios más adecuados para satisfacer las necesidades y las condiciones de existencia humanas.

- La *economía formal* deriva, en cambio, de la relación entre medios y fines, en la que se parte de una situación de escasez en la elección para usar los diferentes medios disponibles¹². En este caso, las personas llegan a pensar que la economía es el centro de su existencia, incluso que la escasez de muchos y la ganancia de pocos es la situación más natural en la sociedad. Por esta razón se cree dogmáticamente en la lucha competitiva entre individuos atomizados y egoístas, obsesionados por la obtención de la mayor cantidad de beneficios. El mercado es considerado como el único medio que proporciona la felicidad, el orden armónico entre los individuos y la sociedad. Entre otras particularidades, todas las relaciones sociales terminan subsumidas al sistema económico que, a su vez, se autonomiza de las mismas relaciones sociales. Por tanto, las leyes de la sociedad ya no dominan la economía. En adelante, se obvia que la sociedad *tiene* una economía, pues, en ese sistema, la sociedad misma *es* una economía, ya que las leyes económicas se expanden a todos los espacios y dimensiones sociales y pasan a controlarlos. Llegados a este punto, la economía puede aparecer desincrustada, desvinculada (*disembedded economy*) de las relaciones sociales y se convierte en *última instancia* de la realidad socio-histórica.

De esta forma, las sociedades modernas capitalistas toman como certezas los principios, los comportamientos y las instituciones de la economía formal y del mercado total, del “Mercado” con “M” mayúscula. El capital empuja la economía mercantil hacia la totalización del mercado. Hasta la moral se desliga de ella y pierde su normatividad, porque la economía se la apropia y el Mercado pasa a ser el dispensador de valores. En fin, *la sociedad se vuelve* reductivamente *mercado-céntrica*¹³.

3.2 Subsunción formal y subsunción real

Otro efecto de la abstracción y la reducción del capitalismo es el proceso de subsunción formal y subsuncional material del trabajo.

Durante los dos últimos siglos (XIX-XX) hemos sido testigos de un proceso en el que todas las facetas de la existencia social han ido quedando reducidas al mecanismo de la oferta y la demanda, regulado por el sistema de precios. Dicho mecanismo es postulado, y se exige su aceptación, al estilo de los *misterios de la fe*. Tanto se ha extendido esta dinámica del capitalismo en el ámbito de nuestras relaciones sociales, que pocos van siendo los espacios que se salvan del proceso de *subsunción formal* del capital. Este proceso se ha realizado en diversas etapas, incluso hoy día continúa adelante.

Uno de los ámbitos que mejor refleja la transformación expansiva del capitalismo y sus efectos sobre las relaciones sociales lo vemos en el binomio capital/trabajo, en cuya relación ha habido un lento proceso de supeditación del segundo respecto del primero. Este proceso ha pasado por dos grandes periodos que marcan su desarrollo, aunque no hay que entenderlos como momentos perfectamente delimitados y separados, pues son muchos los espacios de interrelación, en donde es difícil precisar cuál de ellos predomina. La fase inicial es la correspondiente a la subsunción formal del trabajo; el segundo periodo se caracteriza por el intento de

subsunción real de la sociedad entera en el capital. No sólo el *trabajo inmediato* y directo del trabajador manual es objeto de control y dominio, sino también se aspira a hacer lo mismo con el *trabajo general* que alude al conocimiento, al trabajo intelectual, científico e inventivo¹⁴.

Con respecto a la subsunción formal, los productores directos, es decir, los trabajadores que se relacionan directamente con el objeto y los instrumentos de trabajo, son desposeídos de los medios de producción y de subsistencia, que pasan al dominio de una tercera persona, el propietario, a quien los trabajadores se ven obligados a vender, por un salario, su fuerza de trabajo, que es entendida como mercancía¹⁵. Asimismo, el capital ejerce una hegemonía sobre la producción social, pero en esta etapa todavía quedan numerosos procesos de producción cuyo origen es previo a ella y se remonta a la época precapitalista. También se debe tener en cuenta que antes de la revolución industrial del siglo XVIII, el capital “convive” con una serie de modos técnicos de carácter artesanal, los cuales no son generados por él.

Poco a poco, el capitalismo, junto a la creación de un modo social y técnico propio (el *industrialismo*), va extendiendo las relaciones mercantiles más allá de los productores y los insumos de la división social del trabajo, hasta que llega a abarcar las mismas condiciones generales de producción y reproducción. Para ello necesita apropiarse de la naturaleza y de la acción de los seres humanos. Requiere que todos los bienes funcionen en tanto mercancías y que los ingresos procedan de relaciones mercantiles. De este modo acaba transformando los medios de producción y de vida en capital, y la fuerza de trabajo en mercancía. Unos y otros podrán comprarse y venderse libremente en el mercado y tendrán un precio. *Trabajo y tierra, en tiempos del capital, se tornan objetos apropiables y vendibles*.

A través del paso, lento pero seguro, de la subsunción formal a la subsunción real, el capital intenta no tener un afuera (*exterioridad*); es decir, no admite coexistir con otras concreciones socio-históricas, como pueden ser otros modos culturales de producción, otras formas de entender las relaciones sociales o distintos tipos de conocimiento. Todas éstas quedan proscritas e invisibilizadas, pues el capital no admite competencia ni interpelación. Evidentemente, en este proceso nos encontramos con una manera particular de operar y, además, ocurren una serie de efectos sociales, culturales y medioambientales característicos, cuya dirección va encaminada hacia el control, hasta la eliminación, de la vida humana, la naturaleza y de toda la diversidad que les son propias.

En este sentido, Karl Polanyi llamaba la atención sobre este hecho, siguiendo los avisos de Karl Marx, contenidos en su formulación de la *ley de la pauperización*. La denuncia de Polanyi evidenciaba la destrucción acumulativa del ser humano y la naturaleza por la mano invisible del mercado, en tanto efectos *no intencionales*¹⁶. Para el economista austro-húngaro, trabajo y tierra son realidades que constituyen la esencia misma de toda sociedad. En el instante en que se mercantilizan, es decir, se subordinan a las leyes del mercado, se termina por mercantilizar la sociedad entera. Ahora bien, resulta que ambas fuentes de riqueza son realidades sociales y no mercancías en sí mismas, pues ninguna es objeto reproducible para la compra/venta en un mercado. Su razón de ser es más compleja y rica. Son, entonces, transformadas en mercancías ficticias¹⁷. Esta conversión, considerada obligada y necesaria por el sistema y sus defensores, se totaliza hasta niveles que llevan, directamente y por su propia dinámica, a la destrucción de la sociedad y de la naturaleza¹⁸.

3.3 La racionalidad instrumental medio-fin

Asimismo, la dinámica del capitalismo expresada por medio de la racionalidad instrumental de cálculo medio-fin, termina por absolutizar la acción lineal que vincula los medios utilizados para obtener los fines (productos) al precio más barato. Como consecuencia de su efecto simplificador y reductor, invisibiliza las dos fuentes de toda riqueza, sobredimensionando el criterio de calculabilidad para obtener los menores costes

y al mejor precio y abstrayendo y eliminando la importancia de la satisfacción de las necesidades humanas en el marco del respeto de las condiciones de existencia de las personas y la naturaleza.

El criterio de la racionalidad formal e instrumental juzga sobre la racionalidad de los medios según un criterio de costes: lograr un determinado fin con el mínimo posible de medios usados para obtenerlo. Son los fines de la empresa, es decir, los productos y servicios producidos para el mercado. Para alcanzarlos, se necesitan medios como materias primas, instrumentos de trabajo y tiempo de trabajo humanos¹⁹.

Lo que más interesa es la eficiencia de esa relación que se refiere a un juicio sobre los costos expresados en términos monetarios y por la rentabilidad del proceso de producción. Si no hay ganancia y si esta no se maximiza, se fracasa y no se sobrevive en el mercado. Esta situación provoca una relación de lucha entre las empresas de permanente competencia. El que gana maximizando sus ganancias y minimizando los costos, demuestra que es el más eficiente.

Competitividad y eficiencia, como procesos de abstracción, se convierten en los valores supremos que deciden sobre la validez de todos los demás valores. Se abre así una espiral de violencia y de irracionalidad que el propio Franz Hinkelammert denomina la irracionalidad de lo racionalizado. Bajo una relación medio-fin que se totaliza en el campo epistemológico y metodológico de las ciencias económicas, se termina por subvertir la importancia crucial de la denominada *racionalidad reproductiva*, entendida como aquella que alude y atiende las condiciones de existencia de los seres humanos. La eficiencia corta las ramas del árbol sobre la cual estamos sentados. El economista y filósofo tico-alemán lo explica de la siguiente manera:

somos dos competidores que están sentados uno sobre la rama del árbol al borde de un precipicio, contándola. El más eficiente será aquél que logre cortar con más rapidez la rama sobre la cual está sentado. Caerá primero y morirá primero, pero habrá ganado la carrera por la eficiencia.²⁰

Desde este prisma, borra el sentido de la realidad, dándose un salto al vacío. Es la ineficiencia de la eficiencia. Y se califica de “externalidad”, de “distorsión”, cualquier acción que pretende paliar la destrucción de la naturaleza o de la vida en general y que trata de evitar que caigamos en el abismo, siendo conscientes que estamos sentados sobre la rama de un árbol. La carrera por la eficiencia y la competitividad, también concebidos como ideales de perfección, se convierte en amenaza contra la misma continuidad y supervivencia del planeta. La sociedad mercado-céntrica realiza una abstracción del *círculo natural*, que permite (*posibilidad y factibilidad*) la vida humana a partir de sus necesidades y termina expandiendo un orden destructivo, basado en la primacía de las relaciones mercantiles sobre el conjunto del espacio social. Al final las consecuencias se manifiestan en que *el orden de la economía de mercado termina por socavar los conjuntos reales, sociales y naturales dentro de los cuales acontece*²¹.

Curiosamente, el proceso creciente de racionalización simplificadora que acompaña el despilfarro moderno, está produciendo una irracionalidad creciente. Deja de ser progreso por sus consecuencias que son regresivas. Sin embargo, “una sociedad que realiza un proceso de vida sin sentido, tampoco puede desarrollar un sentido de la vida”²². Por el contrario, una sociedad realmente eficiente sólo sería aquella que garantiza a todos sus miembros sus condiciones de existencia y protege las fuentes de toda riqueza: el ser humano y la naturaleza²³.

3.4 La consecución del mercado perfecto, la expansión del capital y la destrucción de la diversidad

Otra manifestación del paradigma de la simplicidad se manifiesta con el principio de idealización a través del mercado perfecto y la fetichización de la mercancía. Los epígonos de la economía de mercado

aspiran, estructural e ideológicamente, a la consecución de una economía de mercado total. No solo se trata de la competencia y la eficiencia perfecta que hemos mencionado anteriormente. Simultáneamente a este proceso de mercantilización y competitividad, que se considera como natural, racional e irreversible, se va reduciendo el horizonte de sentido y de observación del mundo en el que vivimos, pues imponen el marco teórico del libre mercado y la competencia perfecta como el único camino posible. Desde esta perspectiva, no hay realidades ajenas al mercado. Todo se mira a través del filtro de sus instituciones y comportamientos. Se aspira a una aproximación asintótica hacia una sociedad exclusivamente regulada por las leyes mercantiles. En el camino se rechaza cualquier intento de disminuir o corregir este trayecto de perfección, que conlleva consecuencias entrópicas. No obstante, llegados a ese momento surgen las paradojas, porque no se admite rectificación alguna, ninguna referencia diferente o alternativa²⁴.

A la dinámica de funcionamiento del capitalismo neoliberal y global en su nueva fase de desarrollo, y al orden con el que canaliza las relaciones sociales bajo el objetivo de lograr el mercado perfecto, no les importa eliminar pluralidades, diversidades y riquezas humanas, culturales y naturales. Abstrae lo más valioso de la vida: la integralidad de la naturaleza con sus especies animales y vegetales, y la convierte en objetos prescindibles, supeditados a unos bienes más preciados: el dinero y el capital. Se convierten en fetiches a los que hay que rendir pleitesía.

Asimismo, los instrumentos para lograr esa perfección son la racionalidad instrumental de cálculo medio-fin; el mecanismo de oferta y demanda orientado por los precios; los criterios y los principios normativos de eficiencia, competitividad y la obtención del máximo beneficio, y los derechos de propiedad privada y la libertad de contratación. Todos ellos absolutizados y convertidos en los únicos parámetros de dotación de sentido de la realidad, provocan unos efectos aniquiladores y perversos sobre las condiciones de existencia de todas las especies vegetales y animales (el ser humano entre ellas) de nuestro globo terrestre²⁵. Al final, el orden que este mercado totalizado y su racionalidad imponen, socava los conjuntos reales (ecosistemas) dentro de los cuales acontece, hasta el punto en que esa parte del sistema termina pretendiendo convertirse e imponerse como *la totalidad* y reduce los conjuntos interconectados a meras prolongaciones suyas, hasta dejarlos en la mínima expresión.

Al idealizar la perfección de una institución como el mercado, se produce un impacto también en otras formas culturales y modos de vida. Además de la expansión interna a todas las facetas de la existencia, y del condicionamiento que opera sobre las formas de organización social, el capitalismo ha desarrollado diferentes formas de colonialismo e imperialismo, imponiendo su propio horizonte de sentido como *si fuera el único modo de ver, entender y actuar en el mundo*²⁶. El carácter entrópico y destructor del sistema capitalista, y la violencia ejercida sobre otras culturas, especies animales y vegetales, ha sido y es una de las constantes desde sus orígenes hasta nuestros días.

En este sentido, no es extraño, por tanto, que Vandana Shiva subraye como componente esencial de la globalización contemporánea el *cultivo de lo uniforme, que presupone la homogeneidad y la destrucción de la diversidad* tanto social como de la naturaleza²⁷. La aspiración a controlarlo todo: la cultura, la vida cotidiana, las materias primas, los mercados, etc., imponiendo una única visión de entender el mundo, exige eliminar pluralidades de especies y diferencias culturales, que desde esa óptica son concebidas como impedimentos y obstáculos para la expansión del capital. Declarar la guerra a la diversidad y apostar por la uniformidad de culturas y de cultivos se considera la mejor estrategia, mientras que el arma con la que se ejecuta es el ejercicio de una fuerza virulenta disfrazada bajo el ropaje del libre mercado e, incluso, amparado por la fuerza militar.

La violencia desatada en este proceso de uniformidad y homogeneización impone la creación de monopolios sobre la vida y los recursos vivos²⁸, y se manifiesta en múltiples niveles: *a)* en el nivel político,

mediante el uso de la fuerza, el control y la centralización; b) como violencia ecológica contra las diversas especies de la naturaleza. No sólo se trata de provocar la extinción de la flora y la fauna, sino, además, de controlar la producción mediante monocultivos, pese al alto índice de desestabilización ecológica que tienen; y c) como violencia social y cultural. Se potencia, pues, la agresión y la fragmentación de sistemas sociales y culturales diversos para integrarlos en un sistema global considerado el único válido. Se desgarran el tejido social plural y la capacidad de organización de las comunidades locales y regionales²⁹.

Este capitalismo globalizador, por tanto, implica una hegemonía, una pretensión de apropiación exclusivista de la rica realidad, con el efecto de reducción, abstracción y disyunción de todas sus dimensiones. La interacción intercultural de sociedades y modos de vida, el equilibrio y el respeto ecológico a escala planetaria, no entran en su orden de prioridades.

Asimismo, para dar el salto cualitativo en las condiciones de valorización y acumulación del capital a escala mundial, el objetivo prioritario está en convertir la vida del ser humano, no solamente en trabajo, sino en “capital humano”, subsumiendo para ello el trabajo conceptual y general. Lo mismo sucede con la naturaleza que ya no es suficiente únicamente como tierra, es decir, como recurso o medio de producción, sino que también ha de convertirse en “capital natural”³⁰. Todo debe traducirse en negocio: la mente humana, el intelecto, la educación, la cultura, la ciencia, la biodiversidad, la biosfera, toda la naturaleza, a través de una lógica privatizadora, extractiva y destructora, se conciben bien como factores o medios de producción, bien como espacios de inversión. Al tener la economía de mercado su impulso en la obtención del máximo beneficio y en la mayor acumulación posible del capital, se buscan nuevos ámbitos y lugares en donde lograrlos.

Por consiguiente, seres humanos y naturaleza están al servicio del capital, no éste al servicio de los seres humanos y la naturaleza. Ambos, por tanto, resultan sacrificables y desechables en aras de la culminación y el triunfo de aquel. Nos convertimos en autómatas de la valorización y el medio natural termina por reducirse a una función económica, desdeñándose y reprimiéndose *sus otras funciones igual o mayormente válidas para asegurar las condiciones materiales de reproducción de la vida humana*³¹.

Bajo este panorama y siguiendo esta dinámica, queda claro como no puede ser otro el propósito de la estrategia de EE.UU., ya manifestada abiertamente tras los atentados del 11 de septiembre de 2001. Estados Unidos quiere ser el adalid de la globalización y su máximo beneficiario. Desde su perspectiva e interés, para apropiarse del mundo hay que asaltararlo y todo está permitido: usando ilimitadamente la fuerza militar y reconfigurando el orden internacional en función de sus propios intereses. Los recursos deben estar a su disposición, sean los que sean y estén donde estén³². Lo mismo ocurre con el mundo entero: científicos, personal técnico altamente cualificado, petróleo, gas, minerales, agua, oxígeno, biodiversidad... Para convencer, legitimar y ganar, la batalla también se da en el mundo de las ideas y la cultura, ambas subsumidas y volcadas en la racionalización del “capital humano” y el “capital natural”³³.

La alimentación, la salud, la propia vida, son la materia prima de los nuevos negocios. Por tanto, la mayor peculiaridad que presenta esta versión de la globalización capitalista es la de ser *el principal instrumento que sintetiza la tendencia tanto del proceso de subsunción del trabajo conceptual, como de la conversión de la naturaleza y de la humanidad en forma de capitales naturales y capitales humanos*. La economía neoliberal pretende, pues, cruzar la línea introduciendo en el mercado las propias bases de la vida y su capacidad reproductiva. Asimismo, reduce la diversidad de la naturaleza a “recurso genético” sobre los que reclama derechos de explotación exclusiva³⁴.

Por otro lado, se pierde la riqueza en biodiversidad, la complejidad interactiva de las especies, la integralidad de los organismos y su capacidad de generación de vida, pues ahora, mediante un mecanismo de reducción y engaño, sólo se le reconocen estos atributos a la ciencia (subordinada al capital) y a su capacidad

de invención y de manipulación. Es más, los seres vivos son tratados como si fueran máquinas, negándoles su capacidad de autoorganización y reproducción³⁵; incluso se los reduce a material genético tecnológicamente manipulable³⁶.

En definitiva, ni la seguridad alimentaria, ni la salud, ni el ambiente, ni en general la calidad de vida humana y natural importan. Simplemente se los considera como costes colaterales que, por lo mismo, no son tenidos en cuenta.

3.5 El cálculo del pirata

Franz Hinkelammert y Henry Mora (economista costarricense) tienen una peculiar y muy provocadora manera de describir esta política simplificadora que reduce y abstrae por medio de la actitud del principal actor difusor y defensor del mercado: el empresario. Si el ser humano se transforma en consumidor y cliente, quien controla los medios de producción utiliza un cálculo empresarial que se asemeja con el *cálculo del pirata*³⁷. El primero es un cálculo fragmentario dirigido, igualmente, al uso fragmentario de las técnicas productivas. Lo destacable de esto está en que estas acciones se dirigen a una parte seleccionada de la realidad (fragmento), haciendo abstracción del resto. Ese resto del que se prescinde en este tipo de cálculo incluye un hecho empírico básico: la realidad es interdependiente, en forma de red de dependencias y retroalimentaciones mutuas. Por consiguiente, desde esa perspectiva parcial y sesgada del empresario no se divisan las repercusiones negativas que la actuación económica y tecnológica tiene sobre la realidad compleja.

El empresario capitalista considera irrelevantes las consecuencias indirectas que su acción pueda ocasionar y las valora como costos externos. Por su parte, el cálculo del pirata, que se basa en el pillaje, es similar. Los esclavistas y colonizadores europeos, entre los siglos XV y XIX, no se preocupaban por los costos materiales e inmateriales ocasionados por sus acciones. Ni la destrucción de pueblos enteros y sus modos de producción, ni la destrucción de toda una cultura y la pérdida inmensa de vidas humanas eran pertinentes. Para el esclavista, por ejemplo, sólo contaban los gastos del capital fijo, como las armas y los barcos, y del capital variable, el sustento de sus mercenarios. La ganancia la obtenía de la venta de esclavos. Incluso el cálculo del pirata o conquistador estaba concebido como un *cálculo de guerra*, pues se suponía que la aventura bélica tendría continuidad y se seguiría financiando si resultaba rentable, es decir, mientras los resultados de la guerra proporcionaran oro, plata y tesoros³⁸.

En fin, el cálculo empresarial es una forma específica del cálculo del pirata y/o del cálculo de guerra, porque excluye todos los costos que no sean costos de guerra. Todavía más, en las ocasiones en que se fija en esos otros costos los llama *costos externos*, y en ellos incluye, además de los atinentes a las necesidades humanas, todos aquellos referentes a la preservación de las bases naturales de su acción. Los cambios climáticos, el deterioro del ambiente, la deforestación, etc., no son costos para el ganador de la guerra comercial.

3.6 Ganadores, perdedores y seres humanos sobrantes

Finalmente está la lógica sacrificial del capitalismo que se puede explicar por medio del principio de disyunción y separación bajo los dualismos amigo/enemigo, ganadores/perdedores, aunque sus efectos perversos se han señalado con la idealización de la competencia perfecta, la eficiencia, la competitividad, la subsunción real y la mercantilización de todas las parcelas de la vida.

Aparte de que el cálculo de guerra admite que caigan vidas humanas con tal de que se despliegue una eficiencia con la que obtener beneficios, el mercado capitalista bajo el principio de competitividad, clasifica a los sujetos en ganadores y perdedores. Los hacen participar en la destrucción de unos sobre otros. Solo

quienes estén capacitados para generar riqueza y demuestren ser los más fuertes y competitivos son quienes sobrevivan. Aquellos que no puedan subirse al tren del progreso económico, se convierten en seres humanos sobrantes. Muchos son los *homo sacer* y las Ifigenias involuntarias del presente, que no existen para el sistema o deben morir para que otros puedan vivir más cómodamente.

La eficiencia formal de la racionalidad instrumental y la competitividad como principio rector de la economía es muy violenta contra la naturaleza. También genera violencia contra quienes no entran en el juego del mercado porque se oponen a él o no están capacitados para participar bajo sus reglas, y violencia en contra de uno mismo que bajo la depresión el estrés y el aceleramiento del ritmo marcado por obtención de rentabilidad, quiebra la personalidad de los sujetos.

Se entra en una espiral de muerte que afecta también a todas las relaciones sociales. La exclusión social y de grandes sectores de la población se incrementa, el comportamiento inhumano en relación con los excluidos se generaliza y es incluso asimilado en el comportamiento mutuo entre los mismos incluidos que se vuelven egoístas y celosos hacia los demás. Es una rotura de las relaciones humanas no solo entre los excluidos con respecto a los incluidos, sino entre los mismos privilegiados. Se pierde la solidaridad y el respeto mutuo. La drogadicción, la violencia, la desintegración familiar y la deshumanización acompañan al proceso de mercantilización, competitividad, eficiencia y obtención del máximo beneficio³⁹.

El nuevo orden capitalista subordina la lógica de los derechos humanos y de la autonomía, la autoestima y la responsabilidad de los seres humanos a la lógica de los buenos negocios. Si existe una oportunidad de obtener beneficios, si existe una demanda en el mercado, no importa el sufrimiento humano, no importa la realidad social desigual e injusta.⁴⁰ Si para ello hay que colonizar, dominar y matar, se realiza incluso con buena conciencia. Además se crea la imagen de que las víctimas del sistema son monstruos que hay que ignorar, despreciar y asesinar porque son una amenaza. Hasta son los responsables de su situación.

En definitiva, todo entra en la vorágine de una vida que se sostiene subvirtiendo toda vida. Destruir es vivir, vivir es destruir. El mundo entero entra en esa destrucción y se produce un derrumbamiento de la moralidad. La droga, el crimen vuelven a ser tanto el consuelo como el modo de solucionar el problema de la sobrevivencia y la sociedad responde con el terrorismo desatado⁴¹. La realidad y su complejidad junto con la vida de todos los sujetos humanos concretos que la significan, se abstraen, se reducen, se simplifican y se eliminan.

NOTAS

¹ Franz Hinkelammert, *Sacrificios humanos y sociedad occidental. Lucifer y la bestia*, San José: DEI, 1998.

² Tzvetan Todorov, *Tentaciones del bien, memoria del mal*, Barcelona: Península, 2002.

³ “La ley absoluta del mercado en su confrontación con el caos, lleva a la idea de la armonía y, a través de ella, al progreso. En su conjunto, las ideas de armonía y de progreso secularizan el cielo de la Edad Media. Se transforman en el contra-peso de los sacrificios humanos, que el poder despótico de la ley natural del mercado exige para poder suprimir el caos”. Franz Hinkelammert, *Sacrificios humanos...*, p. 32.

⁴ Ver Edgar Morin, los diferentes tomos de *El método* y su *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona: Gedisa, 2001.

⁵ Véase F. Hinkelammert y H. Mora, *coordinación social del trabajo, mercado y reproducción de la vida humana*, San José DEI, 2002. Sobre el papel de la naturaleza, ambos autores señalan: “De las leyes de la naturaleza se derivan las condiciones materiales para vivir, y por lo tanto, la distribución posible de las múltiples actividades humanas y la organización y coordinación de las múltiples funciones productivas necesarias para producir un producto social material que permita la supervivencia de todos” (Ídem, p. 24).

⁶ Ver F. J. Hinkelammert y H. Mora, op. cit., p. 11 y 21; también Carlos Prieto, “Karl Polanyi: crítica del mercado, crítica de la economía”, en *Política y Sociedad*, n. 21, 1996.

⁷ Al respecto, véase también C. Prieto, *supra cit.*

⁸ Cfr. Karl Polanyi, *La Gran Transformación*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1997, p. 83 y 122; también en su obra *El sustento del hombre*, Barcelona: Mondadori, 1994, p. 121.

⁹ Cfr. K. Polanyi, *La Gran Transformación*, p. 104-105.

¹⁰ Cfr. ídem, p. 92; además véase Jorge F. Márquez Muñoz, “El lugar del género vernáculo”, en *Ixtus. Espíritu y cultura*, n. 28, 2000, p. 43 y ss.

¹¹ Ídem.

¹² El postulado de la escasez supone: a) que los medios son escasos; b) que la elección de uno u otro medio se halla determinado por la escasez. Ver Prieto, supra cit.

¹³ Ver en este sentido: Márquez Muñoz, op. cit., p. 44-45; F.J. Hinkelammert y H. Mora, op. cit., p. 11.

¹⁴ Véase F.J. Hinkelammert y H. Mora, op. cit., p. 206, quienes sostienen “*pero lo cierto es que con la subsunción real, el conocimiento y el trabajo inmediato, la creación de progreso y la puesta en práctica de este, el trabajo de la mente y el trabajo físico, se separan.* (...) *De esta separación entre el trabajo intelectual y el trabajo inmediato resulta una nueva división del trabajo. El conocimiento y su desarrollo constituyen ahora una condición del proceso directo de producción y su expansión, y ambos se han convertido en esfera de aplicación productiva de la ciencia*” (Ídem, p. 210 – las negrillas son del original).

¹⁵ Véase F.J. Hinkelammert y H. Mora, op. cit.; en el mismo sentido, Antonio Negri y Michael Hardt, *El trabajo de Dionisos*, Madrid: Akal, 2003, p. 23.

¹⁶ En este sentido véanse: Franz J. Hinkelammert, *El mapa del emperador. Determinismo, caos, sujeto*, San José: DEI, 1996, p. 88 y 89; K. Polanyi, *La Gran Transformación...*, p. 126 y ss.; y Karl Marx, *El Capital*, vol. I, 2ª ed., México: FCE, 1959, p. 424.

¹⁷ Véase K. Polanyi, *La Gran Transformación...*, especialmente p. 128; también en su obra *El sustento del hombre*, p. 81.

¹⁸ Dice el propio Polanyi: “*Permitir que el mecanismo del mercado dirija por su cuenta y decida la suerte de los seres humanos y de su medio natural, e incluso que de hecho decida acerca del nivel y de la utilización del poder adquisitivo, conduce necesariamente a la destrucción de la sociedad. Y esto es así porque la pretendida mercancía denominada “fuerza de trabajo” no puede ser zarandeada, utilizada sin ton ni son, o incluso ser inutilizada, sin que se vean inevitablemente afectados los individuos humanos portadores de esta mercancía peculiar. Al disponer de la fuerza de trabajo de un hombre, el sistema pretende disponer de la entidad física, psicológica y moral “humana” que está ligada a esta fuerza. (...) La naturaleza se vería reducida a sus elementos, el entorno natural y los paisajes serían saqueados, los ríos polucionados...*” (cfr. *La Gran Transformación...*, p. 128-129). Asimismo, Karl Marx señala: “*por tanto, la producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el hombre*” (Op. cit., p. 424).

¹⁹ Ver Franz Hinkelammert y Henry Mora, *Hacia una economía para la vida*, San José: DEI, 2006, p. 143.

²⁰ Ídem.

²¹ Franz Hinkelammert y Henry Mora, *Coordinación social del trabajo, mercado...*, p. 14 y 317.

²² Franz Hinkelammert y Henry Mora, *Hacia una economía para la vida*, p. 143.

²³ Ídem, p. 205-6.

²⁴ Cfr. F.J. Hinkelammert y H. Mora, *Coordinación social del trabajo, mercado...*, p. 12-13.

²⁵ Ídem.

²⁶ Cfr. Joaquín Herrera Flores (ed.), “Introducción”, *El vuelo de Anteo. Derechos humanos y crítica de la razón liberal*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 2000, p. I.

²⁷ Vandana Shiva, *Biopiratería. El saqueo de la naturaleza y del conocimiento*, Icaria, Barcelona, 2001, p. 125.

²⁸ Cfr. Vandana Shiva, *Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos*, Paidós, Barcelona, 2003, p. 11.

²⁹ Cfr. Vandana Shiva, *Biopiratería...*, p. 126-7. “*Este mundo, rico en diversidad, no podría ser transformado en estructuras homogéneas, ni se puede mantener una uniformidad de cultivos y culturas sin un control centralizado y el uso de la fuerza. Las comunidades y los ecosistemas autoorganizados y descentralizados generan diversidad. La globalización genera culturas y cultivos uniformes mantenidos por la fuerza*” (Ídem, p. 125).

³⁰ Cfr. Henry Mora, “La globalización después de Iraq: de los ajustes estructurales a la privatización de la vida por el asalto al poder mundial”, en *Pasos*, n. 107, p. 12 y ss.

³¹ Ídem, p. 15.

³² Esta arrogante pretensión es la que informa una serie de iniciativas estadounidenses, como el Area de Libre Comercio para las Américas (ALCA), el Plan Puebla Panamá (PPP), el Plan Colombia y los diversos tratados de libre comercio (TLC) que Estados Unidos impulsa negociar/imponer bilateralmente con diversos países. Ello ha quedado muy claro en las palabras del Secretario de Estado, Colin Powell: “*Nuestro objetivo con el ALCA es garantizar a las empresas estadounidenses el control de un territorio que va del Polo Norte hasta el Antártico, el libre acceso sin ningún obstáculo o dificultad para nuestros productos o servicios, tecnología y capital en todo el hemisferio.*”

³³ Se trata del fundamentalismo mesiánico del mercado cuya estrategia se basa en cuatro ejes: a) el acceso a recursos naturales y humanos por medios económicos; b) el uso del poder militar; c) el asalto al poder mundial, el reordenamiento y la pacificación del mundo; y d) un mesianismo conservador, que se muestra como representante del bien y que lucha contra el mal. Ídem, p. 13. Sobre el asalto al poder ver Franz Hinkelammert, “La guerra de Iraq: el asalto al poder sobre el mundo”, en *Pasos*, n. 107, p. 17 y ss.

³⁴ Cfr. Isabel Bermejo, “Introducción” en Vandana Shiva, *Biopiratería...*, p. 9.

³⁵ Cfr. Martín Khor, *El saqueo del conocimiento*, Barcelona: Icaria, 2003, p. 75 y ss.

³⁶ Cfr. Vandana Shiva, *Biopiratería...*, p. 44-45.

³⁷ Cfr. Franz J. Hinkelammert y Henry Mora, *Coordinación social del trabajo...*, p. 294-296.

³⁸ Ídem.

³⁹ Fran Hinkelammert y Henry Mora, *Hacia una economía para la vida*, p. 295.

⁴⁰ Ver Helio Gallardo, *Teoría crítica: matriz y posibilidad de derechos humanos*, Murcia: Edición de David Sánchez Rubio, Gráficas F. Gómez, 2008.

⁴¹ Fran Hinkelammert y Henry Mora, op. cit.